

EL EFEBO.

—Caballero, sabéis algo de esa descomunal batalla en que fueron rescatadas las reliquias del divino arte verbal? Dizque el teatro fué el campo en que murieron los últimos hombres del pasado.....

El joven pálido nos mira, y en el lánguido crepúsculo de su mirada hay un retroceso hacia el cenit.

EL JOVEN PÁLIDO.

—Oh! Sí, señores, conozco muy bien los detalles de esa gran jornada. Como que yo fuí uno de esos valientes. Ya lo creo! Y qué noche! Si no hacemos un esfuerzo desesperado, puede que la pobre Poesía yaciera aún en silenciosa obscuridad de germen, sin ver jamás la luz de frente.

EL EFEBO.

—Si fuerais tan amable para narrarnos los trances de esa lucha.....

EL JOVEN PÁLIDO.

—Eramos muchos. Unos siguiendo el pájaro de la melodía y de la cauda policroma para quitarle plumas y poner en la estrofa, como un airón, la rima; otros viendo de encontrar en la flauta la miel de los panales vírgenes, y en los cobres novedades vibrantes; éstos, modelando en los Páaros, rostros de vírgenes convalecientes de alguna dolencia del azul; aquéllos, los pintores, queriendo cegar á la Academia con paletadas de color..... Eramos..... todo el mundo joven!..... Todo el que buscaba luz, calor y vida, y tenía hambre y sed de Ideal.

Frente á nosotros, los siervos. La Regla entronizada. Y, en contorno de Kahn, los eunucos, los mutilados de la conciencia estética. Pobres viejos! Su decrepitud se apoyaba en el precepto, como en un báculo. Su tarda locomoción necesitaba un campo liso de trajín. En el país del Pensamien-

to, era la Academia del Cuartel de los Inválidos.

La ancianidad ante la juventud: dos hiperboles. “Nada nuevo!.....” “Nada viejo!.....” La colisión era irremediable. Ellos nos llamaban *salvajes*, y nosotros *momias*. Nos apedreábamos á insultos. Recíproca intrasigencia, lucha sin cuartel, guerra á muerte. Pero á decir verdad, la defensa decrepita era más razonable que el ataque viril. Ellos luchaban, señor, con ansia náufraga, por defender su vida! Sin báculo no se anda; y la inmovilidad es el prólogo del aniquilamiento. ¿Qué podían hacer sin andaderas aquellos púberes ancianos?.....

Hasta nos echaban—¿sabe usted?—la maldición nacional. Azuzaban contra nosotros la patriotería del vulgo, haciéndonos descubrir en nuestros trajes, perfumes de traición. “A ellos!..... Quieren germanizarnos!..... Están por los ingleses!.....” Además, aullaba un Hoffman: “Ahogad ¡oh fieles! á esos iconoclastas, que van á derribar las venerandas imágenes de vuestros dioses!.....”

Y nosotros..... ¡arriba!.....

Oh ¡qué tiempos esos, de tantas angustias, pero también de tan deliciosos triunfos! Entonces sí que había valor. Entonces todo era derrumbar para levantar de nuevo. Hoy la corriente está en su lecho, paralítica. Donde antes hervían las espumas viriles, se aduerme ahora la manse dumbre del estanque. Nuestros ímpetus se han romanizado. Hoy, ansiando ellos también (¡ellos, los del *hierro* toledano!) las molicies de Capua, el humo de las lisonjas, el fervor de las adulaciones, la ritualidad del culto, buscan la estereotipación de su estética, quieren codificar sus triunfadores ímpetus y reconstruir barreras para cercar los horizontes del arte.

En aquella época todo era distinto. Pensar lo nuevo, no más. Recuerdo que yo estaba en una estrecha zahurda de pintor, circuido de algunos camaradas, que, como yo, olfateaban catástrofe y veían los présa-